

# Más allá de la impotencia. Superar a Weber y al Gran Rechazo.

José Taberner

Profesor de Sociología de la Universidad de Córdoba.

Miembro del Instituto E. Mouzier.

«...Una cosa es la teoría sobre las instituciones políticas democráticas, y otra muy distinta la realidad. Los políticos allí dedicados lo que importa a su partido, no al ciudadano. No se puede hacer nada...»

Quien lanzó juicio tan sumario, con aquiescencia del resto de colegas de su edad, no era un agitado socialista, ni una veterana radical, sino un chico de quince años, de 1º de BUP. La teoría se la explicaron amablemente en clase de «Socialismo» de EGB y en el propio Ayuntamiento de Córdoba cuando curso de vista. El joven formaba parte de un grupo de discusión para una investigación sociológica en la que participo.

Al cuestionarle el fundamento de su juicio, contestó elagal, como quien expresa una creencia, que aquella era una muestra de una común en el barrio (por cierto de voto izquierdista). El resto asintió de nuevo.

Independientemente del grado de significatividad de este dato para generaciones, evidentemente refleja la existencia de una actitud-valoración de poco aprecio por las instituciones democráticas siguientes; y no erranca del pensamiento, el fascismo, el autoritarismo o el paleomarxismo, sino de la impotencia como presupuesto.

No es que tales jóvenes anden «de vuelta» de la política, sino que se les ha transmitido «de Ma» una actitud-valoración muy arraigada ya en algunos sectores, que deja su interés de ese campo.

## Dos electroencefalogramas planos

Una crisis anárquica o esotérica de la modernidad social, como un mundo cerrado con-

tra el cual «no se puede hacer nada», en realidad recupera la teoría social de nuestro siglo frente a optimismo anterior. Pero hay dos líneas divergentes (y otras intermedias) en esta pluma forlana:

1. La que no ve en ello alteración alguna de lo que haya que emanciparse, sino la condición social misma.

2. La que considera esa situación alterada y heterotópica como algo de lo que «hay que emanciparse socialmente» (aunque no se sea por ahora solista).

Un buen exponente de la primera línea o trinchera del «bertrandismo social» contemporáneo es Max Weber; la Escuela de Frankfurt en su momento más clásico representa bien la segunda, recordando influencia weberiana con inspiración marxista. Volvamos, pues, la mirada a esos dos hechos teóricos de pensamiento social que están sembrados el fin del milenio.

## El laberinto y los minotauros

Max Weber tiene el mérito de haber puesto al desnudo la laberintica «jaula de hierro» político-administrativa de la modernidad. Los sueños emancipatorios, nos viene a decir, ignoran las determinaciones y tributos que exige la racionalidad moderna. Sin espina burocratizante e imperio de las élites, la compleja maquinaria de una sociedad industrial se colapsa.

El mundo de la vida es atrapado paulatinamente en múltiples mallas de racionalidad cristalizada históricamente, a saber: las administraciones burocráticas. Y esto ocurre no sólo en el ámbito público, sino dentro de la economía de propiedad privada («en las instituciones más avanzadas del capitalismo»). En el

la lógica sistémica, aunque no sea cuantitativa. Tal actitud no se confunde, desde luego, con la aceptación entusiasta del todo social, ni tampoco con el Gran Rechazo en versión desmarcada o versión revolucionaria...

De esta última, por supuesto, hizo gala el viejo Marxise en su posterior etapa: cuando se desmarcó del tandem franquista-marxista-Honduriano-Adorno, y de su propio pesimismo de *El Juicio del Dimensional*. Quiso ser, junto a los formidables obstáculos para la emancipación, fuerzas evolutivas y tendencias que podían empujar en favor del Gran Rechazo, de un modo cualitativo: la revuelta del 68, los nuevos movimientos sociales, la presión de los pueblos del Sur... Intentó recuperar la ideología marxista y la práctica del conflicto frontal desde nuevos cauces, nuevos sujetos aún no bien definidos...

### Buscando nuevos caminos

La sensibilidad social de los adolescentes andaluces meros conformistas, más conformistas, según el estudio al que aludí, apunta sus inquietudes en esa dirección (ecologismo, pacifismo, antirracismo, equidad de sexos) mucho más que hacia la participación en sindicatos o partidos. Pero, ni siquiera tales jóvenes pretenden un activismo entusiasta o despenado, al estilo de los años 60, sino que tratan de no perder de vista su propia inserción profesional en el mercado de trabajo. Puede decirse que no aparece causalismo político necesariamente aceptable, ni por el hecho de la conciencia emancipatoria ni por el de la ideología de marxismo.

El dilema sociológico entre el punto de vista de la aceptación burocrática funcional o el conflictivismo del «Gran Rechazo» hasta la emancipación definitiva ya no divide trágicamente en dos bandos las conciencias. Una misma actitud se abre paso con fuerza. Abundan quienes aprecian las conquistas sociales dignas de conservar mediante el consenso o el conflicto, pero que a la vez son conscientes del déficit de libertad, equidad y solidaridad existentes. Frente a esto último, los más osados la impetran vehemente como impuesto, antes para centrarse en el individualismo social o de

pasadilla, otros abiertos a luchas microsociales o periféricas. El abandono del apocalíptico Gran Rechazo y del entusiasmo apologetico del orden liberal-social capitalista en bastante escaso. Pero la actitud de impotencia se basa o en el desmarco respecto a hechos demarcados o en una imagen errónea de los mecanismos sociales como algo imposible, cívico, porque ninguna conquista social es definitiva y ninguna territorialidad es inmune a la erosión, por mucha burocracia que las ampare.

Por otro lado, en ese mismo orden de objeción a la impotencia, indaguemos que sin la zona de actividades microsociales, la distancia de la Gran Máquina se paraliza. Aunque hay que admitir que sólo poderosos controlan la mesa de nuestro sistema, no en cambio las demás. Por ejemplo, un maestro —o un equipo de ellos— puede ser determinante para conseguir que un hijo de obrero sea universitario, pero ello no logrará insertar las condiciones que convierten una caliga tasa de escolarización superior a la clase baja. Ese segundo objetivo —lograr una escuela no sujeta burocráticamente en cuanto a clase o etnia— requiere una transformación general y profunda.

Se puede argumentar, entonces, que si los que realizan acciones como el maestro de nuestro ejemplo fueran mayoría, lo particular se volvería genérico. Pero, a falta de una conciencia moral multifundada en ese sentido, y aún contando como importante el factor ético, hay que pensar también en una opción política real —que articule y impulse tales metas. ¿La hay? Si la hubiera, de todos modos se encontraría con los barones de la jaula, la lógica sistémica, y tendría que echarlo en suiza. Arrasar el laberinto conduce a la barbarie. Hacerlo menos injusto lleva mucho tiempo.

Entre el marxismo del Gran Rechazo y el marxismo de lo moral-microsocial quedan las ideas regulativas, los ideales y proyectos a largo plazo, en cuya dirección se puedan orientar las acciones morales y políticas: la Nueva Especial Tierra (billete de una sola clase, desarrollo sostenible), Cosmópolis, Paz Perpetua (posible electivamente por el cumplimiento de un auténtico derecho inalienable

nal), Derechos Humanos Universales (para un mundo plural y multiétnico)...

— Las ideas regulativas, en sentido kantiano, ni apuntan al conformismo de mantenimiento ni al maximalismo ideológico del Gran Rechazo, sino a guiar las resistencias, conflictos o apuros en el ámbito inercialmente personal y social.

Algunos ejemplos pueden ser aclaratorios. Tomando como criterio práctico el ideal de equidad entre los sexos, éste puede preservarse en lo íntimo y en lo macro en la relación de pareja, la educación de los propios hijos o secundando al movimiento feminista... Del mismo modo, visto desde Cosmópolis, más vale salvar la Unidad Europea y defender a los inmigrantes (sin menoscalbes de lo anterior) que dedicarse hacia un nacionalismo excluyente. Los ideales regulativos se conciben con nociones de esfuerzo personal, que tal vez dependan exclusivamente de nosotros, y con opciones prácticas amplias. Y si ninguna de estas últimas nos entusiasma, nuestro planteamiento permite al menos discriminar cuál de ellas se aleja menos de las ideas regulativas en su programa o su política real.

— Estos ideales propios de la Razón Histórica hay que mostrarlos como lo que son, a saber, ideales metahistóricos; pero que se aplican a lo contingente en la búsqueda de lo mejor posible en cada momento. Ello puede conducir a la defensa conservacionista de conquistas sociales ya dadas o al conflicto por la conservación de otras nuevas. La corrección que a día de hoy nos ofrece el funcionalismo conflictivo y conservador-progresista es reconocer la pérdida no vengativa, la buena posesión, la educación obligatoria y gratuita para sus hijos; y a la vez desear un orden cualitativamente distinto, más justo, sin arretratos de pace, sin marginalizaciones...

— Las ideas regulativas no suponen abandono de la conciencia emancipatoria, pero tampoco son ideales pasivos que propugnan la salida al mar desde el liberalismo. En nuestro tiempo, ya las traduciría en algo así como

reconstruir neoliberalmente a Bakunin y a Marx hacia Kant sin perderlos por el camino, es decir, neoconservando al de Karslberg, tomando nota de Heber y otros apuros de las ciencias sociales.

— Si nos desanimáramos, valga el caso, en el ideal «Nueve Españolas Tierras», antes mencionado, habríamos de reparar al instante en que el supuesto marxismo del marxismo confiere de la producción, hasta la superabundancia, debe ser replantado a tenor del ideal regulativo propuesto. El cual nos orienta a un cambio cualitativo no previsto por Marx; hacia una economía de «desarrollo sostenible», una economía circular de conservación y restauración; todo un horizonte para el desarrollo científico-técnico y el trabajo político.

— Otros ideales de la conciencia emancipatoria nos previenen contra una política de cosas humanas desahuciables (paro, marginación, Sarc...) para que la Gran Máquina siga funcionando. Así que, por ejemplo, la defensa de las condiciones laborales es un objetivo de primer orden si, y sólo si, se conjuga con el aumento del empleo o el reparto del trabajo. Se trata de una cuestión problemática, difícil de lidiar y sin recetas a la vista.

— Ante ella, y similares, podemos optar por: a) embestir contra el liberalismo globalmente, como si no hubiera nada que conservar, como si el negativismo histórico hacia a preservar volégramos este, superándolas, las conquistas sociales; b) resignarnos a vivir en el liberalismo, aceptar las cosas como son; c) trabajar por su transformación distinguiendo entre lo que merece conservarse, lo que hay que derrocar y lo que aún ha de construirse. En el primer caso, como «la victoria libre» no nos llegará en vida, nos acerca el desencanto; en el segundo, renunciemos a la acción transformadora para trabajar nuestro pequeño jardín en un mundo del liberalismo en el tercero, aunque mortengamos en el horizonte aspiraciones utópicas, a la vez nos acercamos al paso a paso y valoramos el presente.

— Vos que, para que la conciencia emancipatoria no desfallezca, insisten en seguir sosteniendo Feito y Caribde; la impoquencia de la jaula de Hierro y la impoquencia del Gran Rechazo. ■